

comercio les proporciona, y por esto aun en la actualidad siguen presentándose en las asambleas (*palavers*) de especial importancia vestidos con telas de plantas africanas, cuya fabricación tenía antiguamente una importancia de que hoy carece. López traza admirables descripciones de la manufactura de los anziques, los cuales fabrican con fibras de palmera los más variados tejidos que aquél compara con el terciopelo y con el damasco. Esta industria está hoy reducida á la fabricación de esteras y de gorros para las grandes solemnidades.

Con múltiples ejemplos hemos demostrado que la importación de productos extranjeros ha matado á la industria indígena; por esto notamos un aumento en la habilidad artística á medida que desde la costa vamos internándonos por el interior. Prescindiendo de aquellos casos en que ya no se encuentra material, como sucede con la escultura de marfil que en otro tiempo floreció entre los duallas, obsérvese principalmente una especie de parálisis de la actividad creadora propiamente dicha que es la que sirve de fundamento al arte. Aquí precisamente es en donde aparece más marcado el hecho sobre el cual hemos anteriormente llamado la atención, á saber que las huellas de la civilización propia de los indígenas son tanto más frecuentes cuanto más se avanza desde la periferia hacia el interior de la parte del globo. Pogge ha expresado de una manera perfecta esta idea diciendo que á medida que iba avanzando hacia el interior de Africa, parecía como si ahondara más en la civilización. Y Bastián hace notar el contraste «que existe entre los ídolos — verdaderas caricaturas sin estilo alguno — de la región de la costa, en donde los indígenas han descendido, gracias al trato que de muchos siglos vienen sosteniendo con los europeos, á un lamentable estado de perezosa» y un ídolo del reino Lunda, cuyo tocado recuerda el denominado *athep*, y otras esculturas «de estilo en cierto modo egipcio.» Es también digno de mención el lavado del oro que se hace en el territorio de Akem y en otros, aunque por un procedimiento infantil, empleando unas malas azadas y escudillas de madera.

De todas las industrias, la construcción naval y la navegación por las costas y ríos del Africa occidental son quizás las únicas que han progresado notablemente bajo la influencia de los blancos. Es cierto que López habla de canoas que recorrían el Congo y podían embarcar 200 hombres; pero también lo es que llama la atención sobre la manera primitiva de remar, sin toletes y sin timón. Ricardo Lander nos habla de los grandes botes de los mercaderes de esclavos del Níger que podían contener centenares de personas y que iban provistos de sus camarotes. Encuéntanse más abajo de Rabba poblaciones enteras, cuyas familias pasan la vida en el agua, metidas en embarcaciones cubiertas. Los únicos marinos excelentes de procedencia africana pura, es decir los krus, que pertenecen á esta costa, han sido adiestrados por los europeos. Metidos en canoas sumamente sencillas, verifican largas travesías por la costa, pero el verdadero cabotaje lo hacen ahora como hace 300 años los europeos con tripulaciones negras. Con el comercio de esclavos está íntimamente relacionado el desarrollo de la construcción naval en el delta del Congo; hablando de ella dice Ladislao Magyar (que califica á los habitantes del delta del Congo de excelentes constructores de barcos, á pesar de la sencillez de los instrumentos que poseen): «Algunos de los buques por ellos construídos han ido al Brasil y á las Antillas con un cargamento de 400 á 500 esclavos.» El territorio de la desembocadura del Congo había ofrecido hasta hace muy pocos años escasa seguridad, pues estaba infestado por los mussoronghis, pueblo de piratas fluviales,

que no dejaban pasar tranquilamente ningún buque que no estuviera convenientemente armado. Un invento, según todas las probabilidades debido exclusivamente á los habitantes de estas costas, es una doble canoa que se usa en las de Angola y que, cuando el perezoso movimiento de las olas ofrece una ocasión propicia, es lanzada rápidamente al mar y una vez allí y á fuerza de remos alejada de la rompiente antes de que llegue una nueva ola. Estas dobles canoas son un compuesto de dos canoas unidas por uno de sus costados y se lanzan al agua boca abajo, de suerte que sobresalen como una boya y no pueden tumbarse. Los que van en ellas se colocan con las piernas cruzadas en la hendidura que queda entre los dos costados de las barcas delante del negro que maneja la ancha pala que hace las veces de remo y de timón. Miserables son las canoas de los habitantes de los países montañosos del interior, pobres en corrientes de agua ó sólo cruzados por corrientes rápidas.

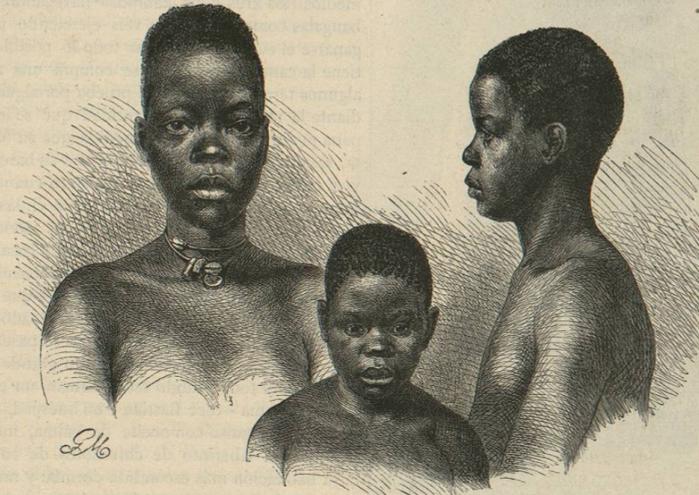
El comercio constituye una gran parte de la actividad productora de los africanos occidentales. El talento mercantil de los negros, que á menudo hemos ensalzado, aparece también aquí en todo su esplendor y encuentra ocasión de manifestarse ampliamente en estas extensas costas. La primera conquista que para la civilización hicieron Stanley y los que le acompañaban en los países del bajo Congo, fué atraerse á los bárbaros aulladores de estas playas, consiguiendo de ellos que hicieran cambios con él y que le sirvieran de faquines. Pero no todos los pueblos están igualmente dispuestos á prestar tales servicios; así por ejemplo la expedición alemana de Loango hubo de luchar contra la imposibilidad de encontrar faquines, lo cual fué un gran obstáculo para su rápida marcha. Un conocedor como Monteiro sostiene, hablando especialmente de los territorios costaneros portugueses, que á pesar de todos los misioneros y filántropos, el comercio ha demostrado ser el único elemento civilizador. Desde Benguela hasta Senegambia, los representantes de esta actividad son en todas partes determinados grupos de pueblos. Los biñeos de Benguela organizan verdaderas caravanas, habiendo algunos de ellos que en una expedición mercantil giran por valor de 20,000 marcos. Las limitaciones puestas al comercio de esclavos han acabado con esta gran rama de la actividad comercial que era, casi sin excepción, en alto grado productiva. La disminución del número de elefantes, la desaparición del cauchú y el agotamiento de los yacimientos auríferos han producido también sus efectos, pero en cambio han contribuído á que floreciera cada día más el comercio particular. Los comerciantes portugueses de Kassansch y de Malansch, los ambakistas, los lingüistas y demás sinónimos de comerciantes intermediarios ven con malos ojos la costumbre, cada día más extendida entre los negros de esos territorios, de llevar ellos mismos sus productos desde una distancia de centenares de millas hacia la costa, para hacer el negocio directamente. Los bangalas que despliegan su actividad en estos territorios pertenecen al número de los negros más comerciantes. El tráfico con ellos se debió principalmente al comercio, en el cual demuestran cierta actividad violenta, de suerte que si no se les da en seguida lo que piden se marchan y no vuelven, sin perjuicio de apelar al robo de los objetos que excitan más su codicia. Los bangalas, muchas veces por envidia comercial hacia los europeos, obstruyen el camino de Loanda al interior. Más fácil es tratar con los songos y con los kiokos.

Un buen tipo de comerciante de la costa nos lo ofrecen los duallas que forman un solo grupo con los krus y que si bien en muchas cosas se parecen á los africanos occidentales puros, tienen sobre muchos habitantes de esta costa la

gran ventaja de trabajar y adquirir con perseverancia. Sin embargo, el campo de operaciones de los duallas es enteramente distinto del de sus vecinos septentrionales, pues son comerciantes apasionados y han sabido no sólo hacer redundar en su provecho, gracias á la imposición de tributos, el comercio del y hacia el interior en cuanto se hace por sus costas, sino que han tenido el buen talento de traerlo á sus propias manos, dominándolo en la actualidad con tal codicia y con miras tan mezquinas, que por todos los medios posibles excluye toda tentativa de competencia. De esta suerte se han convertido en una nación de comerciantes que, en pequeña escala, demuestra la misma falta de consideración y el mismo afán de monopolio que caracterizan á algunas naciones mercantiles, señoras del mundo, cuando operan en la esfera incomparablemente más extensa de una actividad en el fondo análoga á la de aquéllos. Gracias á esto son superiores en bienestar á todos

sus vecinos y muestran, lo cual es muy digno de notarse, el mismo abandono en punto á la agricultura y la misma imperiosa necesidad de poseer gran número de esclavos que en otro tiempo demostraron los fenicios y los cartagineses. El afán de hacerse ricos sin trabajar mucho hace que los duallas, desde el caudillo al semiesclavo, prefieran el comercio á toda otra manifestación de la actividad humana. Gracias á sus mujeres y esclavos, la tierra apenas les produce los plátanos é ignamos para sus propias necesidades, siendo célebre su costa por lo caros que en ella son los comestibles. En su territorio no encontramos aquellos productos que exigen algo más de trabajo, como el maíz, el café y el algodón. Casi todos los géneros que les sirven para sus cambios proceden del interior y la misma escultura en marfil, que según algunos fué el fundamento de este impulso mercantil, está poco menos que abandonada.

La indicada afición al monopolio es muy notable. Todos



Negros jóvenes de Loango (de una fotografía por el Dr. Falkenstein).

los pueblos del Africa á los cuales ha ido llegando el comercio, lo han monopolizado dentro de las fronteras de su territorio. Para esto, cada pueblo recibe los géneros llevados á sus fronteras y los conduce á los países vecinos mediante un derecho aduanero que pagan los propietarios. En muchos puntos del camino se indica al viajero que en virtud de las leyes del país tiene que despedir á sus gentes y tomar como trajineros á los hijos de esos territorios. La necesidad creada por el comercio europeo de aprovisionar de una manera regular la costa, ha sido causa de que recientemente se introdujeran en este estado de cosas ciertas modificaciones. Algunas tribus han sabido conquistarse cierta inviolabilidad, sea por la exacción de tributos, sea por el terror que inspiran sus fetiches y pueden de esta suerte formar caravanas con los artículos más preciosos, como por ejemplo el marfil, que sin dificultad atraviesan distintos territorios. «De ellos — dice Bastián — no hay que esperar dato alguno, pues toda su política consiste en envolver el tráfico en el mayor misterio posible.» De modo que en esto se parecen á los antiguos fenicios que cuando descubrieran un camino procuraban ocultarlo á los demás, contándole las historias más fabulosas.

El principal tráfico en las tribus del interior se hace con ocasión de los mercados semanales. En el bajo Congo, en donde la semana tiene cuatro días, hay cada día

mercado en un distrito ú otro y en determinados lugares, dándose á estos mercados los nombres de los días de la semana en que se celebran. Los que á ellos concurren cambian simplemente sus productos ó utilizan fragmentos de cuentas azules para verificar sus pagos. Un verdadero maestro de mercados vigila para que no se cometan defraudaciones. Como es natural, en la costa hace mucho tiempo que carecen de valor estos infantiles artículos de cambio, como las cuentas, los espejitos de mano, etc., concediéndose en su lugar la más alta estima al aguardiente, á los fusiles y á las telas de algodón. El dinero propiamente dicho circula en aquellos puntos en que predomina el tráfico de los europeos. Las conchas que antes hacían en el Congo las veces de moneda, no tienen en la actualidad valor alguno y en cambio circulan como numerario en el territorio del Níger. López, en su *Regnum Congo*, llama á la «isla» de Loanda mina en cuyas playas las mujeres recogen las conchas que entre ellos sustituyen al oro y á la plata. Estos caracoles se encuentran también en otros sitios de la playa del reino del Congo, pero en ninguno en tanta abundancia como en este, en donde los manda recoger el mismo rey del Congo. Los negros krus hacen servir, como los cafres, de dinero los bueyes, de modo que tienen una verdadera *pecunia*. En Bonny se efectúan los pagos con herraduras de bronce que se importan de Inglaterra. A veces encon-

tramos leyes que fijan el número de cabras ó de bueyes que puede poseer un particular, de la misma manera que en otros países el gobierno se reserva la prerrogativa de acuñar moneda. Desgraciadamente entre las tribus que están en frecuente contacto con los europeos prevalece cada día más el aguardiente como medio de cambio con el cual se puede adquirir cuanto producen los negros. La norma para muchos artículos del comercio oeste-africano, especialmente para el marfil, es la barra, valor nominal que se ha adoptado y que quizás en su origen significaba la longitud determinada de un palo de hierro: hoy en día se apli-



Un guerrero loango (de una fotografía por el Dr. Falkenstein).

ca á los más diferentes artículos según el convenio de las dos partes contratantes. En los territorios portugueses, la *peza* que primitivamente era un trozo de tela de algodón, se compone ahora de ciertas cantidades de este género, de aguardiente, de pólvora y de otros artículos.

Hasta las relaciones de familia llevan impreso el sello del espíritu mercantil, pues la compra de la mujer reviste aquí, más que entre los demás africanos, el carácter de negocio. El precio medio de la misma es entre los duallas de 900 á 1,200 marcos y á menudo es mayor cuando los padres son gente ilustre. Las mujeres pasan á ser propiedad absoluta de los maridos que pueden regalarlas, prestarlas y venderlas, pero como son el artículo de comercio más caro, sólo se desprenden de ellas en ocasiones importantes, como por ejemplo cuando se firma la paz entre tribus enemigas, ó bien cuando hay que entregarlas en concepto de castigo por el asesinato de algún negro libre. Dada esta preponderancia de la idea mercantil de la vida, ya se comprenderá lo muy estimada que es entre los duallas una prole numerosa: el número de hijos suele á menudo ser corto, lo cual se debe á causas que nosotros no hemos visto explicadas en parte alguna. Según Buchholz, raras

veces se ve entre los negros de Camerun que una mujer tenga más de dos hijos. Cuando una mujer resulta estéril, el marido la repudia y se reembolsa la suma que por ella ha pagado: si comete una infidelidad, puede pagarla con su vida, lo cual se hace pocas veces porque es un «objeto» de demasiado valor, buscándose en su consecuencia el castigo en la multa que el ofensor ha de pagar al marido ofendido: si no puede pagarla, pasa á ser esclavo de éste. En Loango, es costumbre muy practicada la de quemar vivas, junto con sus cómplices, á las mujeres adúlteras de los príncipes.

El elemento económico aparece como hilo de unión en todas las fases de la vida de familia de estos negros, siendo preciso estudiar las cosas con mucha atención para no creer que la fundación de la familia no tiene más objeto que aumentar y asegurar el patrimonio. Un joven que llega á ser apto para el trabajo se alquila y procura por distintos medios (los krus y los kabindas navegando, los duallas y bangalas comerciando, los veis ejerciendo una industria) ganarse el sustento y ahorrar todo lo posible, y en cuanto tiene la cantidad necesaria se compra una mujer, que en algunos territorios se le da á prueba por algunos meses mediante la reserva de una cantidad que se estipula como pena por si se retracta, y á medida que su fortuna aumenta, va añadiendo nuevos miembros á su harem. El hombre vive en un estado tanto más opulento cuanto mayor es el número de mujeres que trabajan para él: las mujeres son tan buenas como los esclavos para las labores del campo y mejores que ellos para las cosas de la casa. Cada una de estas mujeres ha de roturar un trozo determinado del bosque y plantar en él casabe ó cacahuetes que no sólo ha de cultivar sino que tiene que llevar al mercado y vender. Es, pues, muy natural que el marido no se pasee impunemente por debajo de las palmeras de tan grande felicidad conyugal, sobre todo cuando éstas forman un espeso bosque. «En Okolloma — dice Bastián — mi huésped, que preparaba un excelente guiso con aceite de palma, me condujo turbado por el laberinto de corredores de su vivienda, en cuya habitación más escondida dormía: y razón tenía para tomar todas estas precauciones, pues 20 mortales enemigas habitaban su palacio, maldiciendo con razón la hora en que su fortuna le había reducido hasta el punto de rodearse de tal compañía.»

Los individuos pertenecientes á familias de príncipes tenían desde este punto de vista importantes privilegios: un príncipe de Loango podía casarse con cualquiera mujer con sólo entregarle un anillo de marfil y asegurarse por el mismo procedimiento, para el porvenir, la posesión de cualquier muchacha que no hubiese llegado todavía á la edad núbil. De la misma manera podía una princesa escoger cualquier hombre, mientras no fuese príncipe, ni blanco ni hubiese derramado sangre humana: aun cuando el elegido sea esclavo, los hijos de la princesa son príncipes. Igualmente derechos tienen las princesas de Akem, las cuales pueden con su elección hacer de simples labradores caudillos y obligar á sus maridos á repudiar á las esposas anteriormente adquiridas. La poligamia toma aquí colosales proporciones. Norris refiere en los siguientes términos el personal de una cabalgata del rey de Dahomey: 150 guerreros, 15 hijas del monarca acompañadas de 50 esclavas, 730 mujeres del mismo, 90 Amazonas, 6 compañías compuesta cada una de 70 Amazonas de otra clase capitaneadas por una mujer favorita, 150 hijos del rey de 5 á 15 años y 350 bailarinas: 50 ó 60 de sus mujeres formaban, durante el desfile, la guardia del soberano. De los miles de mujeres que se encuentran en estas cortes, pocas son relativamente

las que pertenecen directamente al rey, pues un buen número de ellas son vendidas ó regaladas á los hombres solteros.

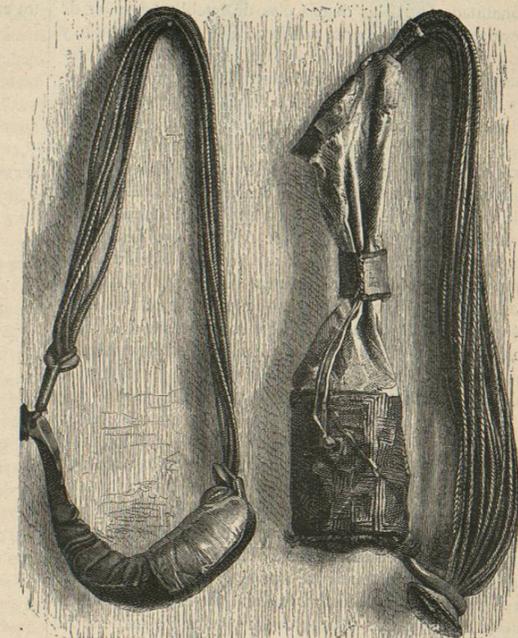
Tales instituciones hacen de la costa occidental el país donde está más reconocido el derecho de las mujeres. Estas forman en Dahomey los regimientos más fuertes y más aguerridos. Entre los aschantis, la hermana del rey tiene cierta autoridad sobre la población femenina. Cierta reina de Tanti, después de sostener una lucha por la sucesión del trono, emigró para fundar un nuevo pueblo. Los dschaggas son también gobernados por reinas. La situación especial que ocupa la Lukokescha al lado del Muata Jamvo nos es ya conocida y parece irradiar más hacia el Oeste. En muchas comarcas, por ejemplo entre los biheños, vemos reaparecer la leyenda lunda que supone fundado el reino por un cazador extranjero que consiguió hacerse amar de la soberana allí reinante. Se ha dicho que los esfuerzos por oponer ciertas limitaciones á las mujeres doblemente temibles como esclavas, han dado origen á aquellas asociaciones secretas conocidas con el nombre de purros, semos y otras clases de egbos en toda la costa occidental. Bastián cree que el objetivo de las mismas, «prescindiendo de la importancia religiosa de sus renacimientos kadmeos» es mantener en mayor sumisión á las mujeres de ellas excluidas. Las mujeres que están privadas de las más importantes alianzas de los hombres, tienen también sus sociedades secretas, habiéndose constituido enfrente de la *Nda* la orden francmasónica femenina de *Njemba*.

La mujer en estos países no es ni en el trono ni en la cabaña un instrumento privado de toda voluntad, y de ello nos ha dado hermosa prueba Serpa Pinto. Los hokambos habían sido hasta hace muy poco tiempo mucho más poderosos de lo que son ahora, pero el suceso que vamos á narrar dió á su historia un giro funesto. El caudillo Bilombo había casado con la hija del caudillo de Bihé, que le fué infiel, haciendo objeto de su amor á un caudillo de segundo orden. Al entrar Bilombo en campaña contra una tribu enemiga vecina, confió el gobierno durante su ausencia al amante de su esposa, el cual apenas supo que Bilombo se encontraba lejos, se proclamó caudillo y prohibió al infeliz engañado que volviera á sus territorios. Bilombo no tuvo más recurso que refugiarse en un rincón de su país que le había permanecido fiel, donde, cuando Serpa Pinto cruzó aquellas comarcas, estaba meditando una terrible venganza que acabara con los que tan pérfidamente le habían burlado.

La situación de las mujeres está además realizada por la admisión de la línea femenina en el derecho hereditario. En algunos territorios del Congo y en Akem, este derecho no existe solamente entre padre é hijo sino entre tío y sobrino: el mismo trono del reino del Congo, en el cual los misioneros consiguieron por algún tiempo, aunque corto, establecer una sucesión regular, pasaba también en herencia al hijo de la hermana.

Los esclavos constituyen en todos los pueblos africanos occidentales una parte esencial del ajuar doméstico: adquiridos por compra ó robados en las expediciones guerreras, están desprovistos de todo derecho y ejecutan todos aquellos trabajos que no entran en el comercio. Habitan á menudo en aldeas especiales y en la vida común no son objeto de malos tratos; pero sus amos entienden con tal consecuencia su cualidad de «cosa» que, cuando es preciso hacer al-

gún sacrificio humano, los ejecutan con la mayor sangre fría. Refieren, además, los viajeros que los caudillos que no consiguen por medio de robos verificados en las tribus enemigas encontrar víctimas, hacen cortar secretamente las cabezas de algunos de sus propios esclavos para poder llevarlas como trofeos á su regreso, pues el mayor insulto que se les puede hacer es decirles «tú no has matado hombres, tú eres un niño.» Este afán de matar sin compasión alguna á los enemigos no perdona ni siquiera á los inválidos: así por ejemplo, refiere Buchholz que Lock Prisso, uno de los caudillos de Camerun, mató á una extranjera que era sordomuda. Su pueblo, sin embargo, no fué del todo insensible á esta manera de conquistar regia fama, como lo demuestra



Cuernos para pólvora, de Liberia (Colección etnográfica, Stockolmo)

el siguiente epigrama que entonces corría de boca en boca: «tú no matas hombres, tú matas peces.»

La formación de Estados no ha tomado en este territorio el carácter de grandiosidad y permanencia que tiene en los países del Este de esta parte de la tierra: las creaciones políticas perecen en cuanto se extienden más allá de ciertos estrechos límites. En algunos parajes más propicios los conquistadores se han hecho soberanos de vastos territorios, pero su poderío ha sido siempre efímero. No sucedía lo propio en la época anterior á los europeos, pues de ella se conservan ruinas de organizaciones políticas y sociales más poderosas que las que en la actualidad existen. Las investigaciones de Pechuel-Loesche acerca de la división social de los negros loangos, revelan un estado de cosas que creó para un Estado fundamentos más sólidos de lo que hoy nos parece posible. La nobleza hereditaria de los mfumus, rigurosamente aislada, á cuyo cargo estaba principalmente la administración de los distritos, y luego la aristocracia más efímera, formada por los hijos y sobrinos de los príncipes, por los funcionarios cortesanos beneméritos ó favorecidos